

Letras
Orureñas

Augusto Dávila Sanabria



Augusto Dávila Sanabria (1924). Abogado, periodista con título en provisión nacional y escritor ensayista. Actualmente desempeña la función de Presidente de la Corte Departamental Electoral. Es Ciudadano Notable de Oruro, declarado por la H. Alcaldía Municipal, por resolución del H. Concejo Municipal "por unanimidad y sin mayores trámites". El Senado Nacional, también por unanimidad y por primera vez a un periodista boliviano, le rindió homenaje y entregó un pergamino. Asimismo, recibió varias condecoraciones de la Prefectura del Departamento, la Alcaldía Municipal e instituciones de prensa. Es autor de la tesis "Libertad de Prensa" y centenares de artículos y ensayos, publicados en la prensa local y nacional.

Ser orureño es un sentimiento, una actitud y una conducta de gentes

El ser declarado "Ciudadano Notable", es un premio excesivo al modesto trabajo cumplido, como muchos otros miles de ciudadanos que, desde diferentes ocupaciones, dedican sus esfuerzos a expresar su gratitud a Oruro, a través de lo único que saben hacer: trabajar honestamente, sin buscar riquezas ni gloria, cuya mayor satisfacción y orgullo, es ser orureño.

La distinción recibida, para mí es la graduación oficial de mi orureñismo, porque soy orureño desde hace más de setenta años, con caparazón de quirquincho, alma de diablo y devoto de la Virgen del Socavón.

Nací en Potosí, gemela de esta bella tierra, por tanto, no hubo ni transición ni adaptación. Sin embargo, estuve predestinado a ser orureño. Mi morada y destino fueron dispuestos y modelados por estas fuerzas del arcano telúrico que surge de las pampas y montañas nuestras.

Estudié en la escuela Ignacio León, Secundaria en el Colegio Bolívar y Derecho, en la Universidad Técnica de Oruro, es decir, en los establecimientos más tradicionales de nuestro Departamento.

Vivo en la calle 1ro. de Noviembre, fecha de fundación de Oruro, frente a la Iglesia de San Miguel, según dicen la primera que hubo en la Villa de San Felipe de Austria. Pasé mi niñez, juventud y ahora, mi tercera edad, en la orureñísima Plaza de "la Ranchería" y el histórico Faro Chupata.

Cómo no podía ser, entonces, orureño.

Conocí a don Juan Bejar Ch., hombre modesto pero de gran sensibilidad social y solidario con sus semejantes. En su afán por servir a sus conciudadanos, sacrificando su magro peculio, preparaba botiquines y los colgaba en los árboles de la plaza para uso gratuito de los necesitados.

Fue mi maestro, en el Bolívar, don Ricardo

López Rosse, el "Comedido Público".

Gracias a sus constancias y firmeza, los orureños fueron los más disciplinados y ordenados y serviciales, en todo el país.

Y, hace poco, conocimos, a través de la Prensa a doña Margarita Jiménez de Arteaga, quien gastó sus sueldos de doce años, para construir una aula en su escuela, porque era la única manera de dar algo más de comodidad a los alumnos.

También asistimos a los últimos instantes de aquel trabajador minero de San José que, con medio cuerpo enterrado por una "aisa", expiró con un "¡Viva Bolivia con su Litoral!". Patética expresión del acendrado civismo boliviano que caracteriza al orureño.

¿Entonces, cómo no íbamos a aprender a ser orureños?

Conocimos a don Julio Quintanilla, el querido "K'apichón", por su austeridad en el manejo del dinero; pero cuya bolsa se abría sin límites, para gastar miles de dólares en la confección de las capas de Satanás más lujosa del Carnaval de Oruro.

A doña Nelly Nava de Blacutt, distinguida dama que, el Departamento de Cultura de la Comuna, impulsó decidida y efectivamente el famoso Carnaval de Oruro. Sus trajes, bordados con motivos del antruejo, eran admirados por propios y extraños, cuando encabezaba la "Entrada" del sábado.

Cultivamos la amistad de Alberto y Luis Guerra, de don Augusto Beltrán Heredia, Luis Bullain, Elías Delgado y tantos otros investigadores y folklorólogos.

¿Entonces, cómo no íbamos a querer a Oruro?

Conocimos a don Josermo Murillo Vacarrea, uno de los intelectuales más sobresalientes que dio Oruro y uno de sus más apasionados hijos.

Igualmente a don Luis Mendizabal Santa Cruz, el máximo poeta de la orureñidad y del cosmopolitismo orureño. A don Eduardo Tito López Rivas, enamorado del pasado orureño como ninguno.

¿Entonces, cómo no respetar y admirar a Oruro?

También conocimos a ilustres orureños honorarios. Al Padre Masignani, bajo cuya cariñosa dirección, se remodela el Santuario de la Virgen del Socavón, nace el museo minero y se embellece la Plaza del Folklore. Don Pedro Pavisic, cuyo orureñismo se manifestaba en danzar el Mercado Campero hasta la Plaza del Socavón, junto a los diablos de la Ferroviaria, pese a su avanzada edad. El solía decir: "Yo soy un orureño gringo y no un gringo orureño".

También nos enorgullecemos del "alemán" Klaus Bollweg que contribuyó a la erradicación de la poliomielitis, con un sistema de vacunación adoptada, luego, internacionalmente.

Instituciones de beneficencia y solidaridad, como el Hogar La Sagrada Familia y el Hogar de Niñas Penny, atendida por las hermanitas del Amor de Dios que han hecho de este establecimiento, modelo en el país.

¿Entonces, cómo no adquirir los sentimientos de solidaridad y hospitalidad que caracterizan al orureño?

Conocimos en el periodismo, a don León M. Loza a don Luis Gutiérrez Monje y trabajamos junto a don Enrique Miralles, Cristóbal Molina y ahora con don Marcelo Miralles.

Antes, recibimos enseñanzas y consejos de don Huáscar Cajías, Armando Mariaca y después de doña Ana María Campero.

Trabajamos y fuimos director de Noticias, Prensa y LA PATRIA; Jefe de Redacción, por breve tiempo, de El Expreso, corresponsal de Presencia y también director de Radio Universidad. Nos honramos con la amistad de don Luis Ramiro Beltrán, Premio McLuhan, el más alto concedido en el mundo.

Distinguidas autoridades: Ser orureño, no es un título o certificado. Ser orureño es un sentimiento, una actitud y una conducta de gentes de bien. Para muchos, un largo aprendizaje que no admite aplazamientos.

Nuevamente, muchas gracias, por permitirme reafirmar, consolidar mi condición orureña.

Dr. Augusto Dávila Sanabria.